

Diálogos

Emil Ludwig (1881-1948). Iósif Vissariónovich Dzhugashvili “Stalin” (1879-1953) Conversación 13 de Diciembre de 1931*

El escritor y periodista de origen judío, nacido con el apellido Cohn en una población (Moscia) que formaba parte del Reich alemán y desde 1918 de Polonia, y más tarde nacionalizado como ciudadano suizo, Emil Ludwig, solicitó, obtuvo y sostuvo —durante dos horas— en Diciembre de 1931 una entrevista con el Secretario General del Comité Central del Partido Bolchevique y líder absoluto de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, después de la muerte de *Lenín* en 1924, Iósif Vissariónovich Dzhugashvili o “Stalin” (“Hombre de acero”),

- * El material relacionado con la entrevista entre Ludwig y Stalin se utilizó, inicialmente, por parte de Miguel Angel Rodríguez Lorenzo, como material de estudio en la Cátedra de Historia de Europa III de la Escuela de Historia de la Universidad de Los Andes, con el propósito de que los estudiantes pudieran aproximarse al estudio de la historia contemporánea europea a través de los documentos producidos por sus propios protagonistas historiográficos y no sólo por la vía indirecta de los manuales y los estudios. Por sugerencia de los bachilleres que cursaban la materia en el semestre A-2009, el mismo fue propuesto (04-04-2009), con unas notas de presentación hechas por el nombrado Profesor adscrito al Departamento de Historia Universal, a los editores del **anuario GRHIAL** para ser incluido en sus páginas digitales como *documento* y, de esa manera, alcanzar una mayor proyección y poder ser estudiado no sólo por los universitarios, mediante la web de SABER.ULA.VE, en la cual se aloja la revista. La aprobación, luego de la consulta a la Comisión de Arbitraje y recibir la opinión favorable de ésta, para su inclusión en la sección *Testimonios*, fue dada el 05-05-2009.

quien —según apunta Ludwig— no acostumbraba recibir a las personas que provinieran de Occidente.

A “Stalin” ya para entonces, en Occidente principalmente, se le tenía como el propulsor de los *planes quinquenales* que habían impulsado una industrialización acelerada en el antiguo Imperio Ruso y, a la vez, también como el responsable de la muerte de 10 millones de personas cuando persiguió los *kulaks* e impuso la *colectivización* de la tierra y la agricultura. Igualmente se lo consideraba como un auténtico *hombre de poder* que no había tenido escrúpulos en deshacerse de sus enemigos y también de los que, siendo amigos, podían disputarle el control del Partido, mediante juicios amañados, confesiones forzadas de *traición* y ejecuciones sumarias.

El entrevistador aprovechó la *plena libertad* que le ofreció *Stalin* para realizar las preguntas y abordarlo desde esa *imagen* que de él se tenía en Europa, obteniendo —con las pausas que imponía la intervención del traductor que debía dirigirse a uno en alemán y al otro en ruso— las respuestas propias de “...un pensador lógico y constructivo cuya mente opera lentamente y desprovista de la menor emoción...” y cuyo estilo se caracterizaba por hablar despacio. El entrevistado, por otra parte, de acuerdo con lo que explica Ludwig, no pidió correcciones ni copia de lo escrito por el intérprete.

También apuntó, el autor germano-suizo-polaco, que el texto que él publicó de la conversación se correspondía, sin la menor omisión, al que taquígraficamente la había recogido en su momento. Sin embargo, puede señalarse que la versión difundida en 1932, como se apunta más adelante, por los bolcheviques parece haber sido depurada ampliando algunas afirmaciones de “*Stalin*”, a fin de *aclarar* ciertos aspectos sobre los que podía haber la ambigüedad en la conversación sostenida con Ludwig, o también obviando o cambiando de lugar algunos pasajes. De esa manera no hacía falta que el líder soviético hubiera revisado o hecho observaciones a la transcripción que manejó el periodista, pues ya se encargarían los suyos de hacerlo al ofrecer la propia *versión oficial* de la entrevista. Por supuesto

que Emil Ludwig, sin *faltar* a las convicciones que proclamó de fidelidad a lo conversado, también pudo haberlo hecho, pues, en todo caso, podía argumentar que cambiar el lugar en el que estaban ciertas preguntas y respuestas o “aclararlas” agregando o suprimiendo palabras, no era una *alteración* de la entrevista toda ni *faltar* a la *objetividad*.

De la conversación se consultó una versión en inglés colocada en la Web: de marxists.org: <http://www.marxists.org/reference/archive/stalin/works/1931/dec/13.htm>,¹ en 2000, a partir de una edición primera, publicada en el N° 8 de la revista *Bolshevik* del 30 de abril de 1932, la cual ya había sido incluida en el volumen 13 de sus *Works* (págs. 106-125), editadas en 1955 en Moscú, por la Foreign Languages Publishing House. Ella fue contrastada con otra, no siempre coincidente —como ya se observó— con la anterior, en castellano, que Herminia Bevia y Antonio Resines hicieron para el diario español *El País* y la Editorial Aguilar en 1997,² sobre la colocada por Christopher Silvester en *The Penguin Book of Interviews*, editado cuatro años antes. El texto de ella fue tomado, a su vez, por Silvester, de la edición que, en 1934, preparó el propio Emil Ludwig e incluyó, con comentarios y referencias en relación con el momento y las particularidades de la entrevista, en *Leaders of Europe* (Londres: Ivor Nicholson & Watson).

Para los propósitos didáctico-pedagógicos y académicos que se persiguen en la Escuela de Historia de la Universidad de Los Andes y su Plan de Estudios, con una y otra se elaboró una versión abreviada sobre los aspectos considerados, previa discusión al respecto en el área de Historia Moderna y Contemporánea de Europa de su Departamento de Historia Universal, más significativos en relación con la historia contemporánea europea. Al respecto se estimó que la entrevista contenía el valor fundamental de permitir que los estudiantes del sexto semestre de la Escuela de Historia de la U.L.A. conocieran cómo una figura, en ejercicio pleno del *poder*, concebía al poder y a su detentación, establecía la relación entre la ideología con la que se procuraban legitimar el uno y la otra, con la *práctica* de gobernar y cómo pretendió justificarla ante

los cuestionamientos que, al respecto —y en este caso *más afuera* que *adentro* de la U.R.S.S.— se le hacían.

En tal sentido los comentarios y observaciones de Ludwig fueron obviados, aún cuando algunos elementos de los mismos son referidos en estas notas que aspiran presentar la Conversación Ludwig-“Stalin”. Igualmente se hizo con los temas que, a juicio del área, se alejaban de los propósitos que, se aspiraba, merecían ser considerados por los estudiantes de la cátedra de Historia de Europa III, al recomendárseles la lectura, análisis, estudio y debate sobre el documento histórico que constituye la conversación-entrevista entre Ludwig y “Stalin”.

La conversación

Emil Ludwig: Ha llevado Usted la vida de un conspirador durante mucho tiempo. ¿Piensa ahora que, bajo su gobierno, la agitación legal ya no es posible?

Stalin: Es posible, al menos hasta cierto punto.

Emil Ludwig: ¿Es el temor a esta posibilidad la razón por la que sigue Usted gobernando con tanta severidad, quince años después de la revolución?

Stalin: No, esa no es la razón principal. Podríamos citar algunos ejemplos de la historia. Cuando los bolcheviques llegaron al poder, en un primer momento trataron a sus enemigos con suavidad. Los mencheviques seguían existiendo jurídicamente y publicaban sus periódicos igualmente legales. Los social-revolucionarios y su periódico también siguieron existiendo de forma legal. Cuando el anciano General *Krasnov* organizó la campaña contra los revolucionarios y marchó sobre Leningrado, y cayó en nuestras manos, aunque debió ser fusilado, se lo mantuvo preso según las reglas de la guerra y después fue liberado bajo su *palabra de honor*. ¿Y qué pasó? Pronto quedó claro que con esa política se había contribuido a socavar la fuerza del gobierno soviético. Habíamos cometido un error al mostrar tolerancia hacia los enemigos de la clase

obrero, había sido una traición a sus intereses. Empezamos cometiendo un error que pronto se hizo evidente: mientras más leve era nuestra actuación hacia nuestros enemigos, mayor era su resistencia contra el gobierno. En poco tiempo los social-revolucionarios y los mencheviques de derecha, con *Bogdanov* y otros, estaban organizando en Leningrado una contra-acción revolucionaria con los cadetes militares, trayendo como resultado que muchos de nuestros marineros revolucionarios perdieran la vida. No tardamos en descubrir que detrás de estos agentes se encontraban las grandes potencias de Occidente y los japoneses. *Krasnov*, con todo y su “palabra de honor”, había organizado a los cosacos y los guardias blancos, se unió con las fuerzas de *Mamontov* y durante dos años llevaron a cabo una lucha armada contra el gobierno soviético. Hemos aprendido con la experiencia que la única manera de hacer frente a tales enemigos es aplicando una política de severidad e intransigencia despiadadas.

Emil Ludwig: Me parece que en una parte considerable de la población de la Unión Soviética se ha despertado la desconfianza hacia el gobierno y que la estabilidad depende del miedo ante el poder soviético. Me gustaría saber qué le parece a Usted esa medida de inspirar miedo en aras de fortalecer el régimen, sobre todo considerando que esa política sólo podría triunfar en una nación como ésta, la cual durante tanto tiempo, ha sido entrenada para obedecer.

Stalin: Usted se equivoca. Pero su error es también el de muchas personas. ¿Realmente cree que es posible haber detentado el poder durante catorce años sin el respaldo de las grandes masas y sólo utilizando los métodos de la intimidación y el terror? Imposible. El gobierno zarista sí que era experto en saber cómo intimidar. Tuvo una larga experiencia en esa política. La burguesía europea, en particular los franceses, dio al zarismo toda la asistencia que pudo en este asunto y lo enseñó a aterrorizar a la gente. Sin embargo, ¿para qué le sirvió? Para nada.

Emil Ludwig: Pero los Romanov se mantuvieron en el poder durante 300 años...

Stalin: Ciertamente; pero ¿cuántos revueltas y levantamientos hubo durante esos 300 años? Piense en la revuelta de 1905. El miedo es, en primera instancia, un mecanismo de la administración. Es posible despertarlo durante uno o dos años y a través de él, gobernar durante ese tiempo. Pero no se puede gobernar a los campesinos mediante el miedo. En segundo lugar los trabajadores y campesinos soviéticos no son, en lo absoluto, mansos, sumisos, perezosos ni timoratos, como Usted se imagina. Esa es una idea anticuada que se originó en Europa en los días en que los propietarios rusos comenzaron a reunirse en París, donde dejaron escapar el botín que habían acumulado y pasaron sus días en la ociosidad, dando lugar a suposiciones apresuradas sobre “la pereza de Rusia”. Pero esto no puede ser, en lo más mínimo, aplicable a los trabajadores y los campesinos rusos, que se ganaron y todavía se ganan la vida mediante su propio trabajo. De hecho, es extraño considerar a los campesinos y trabajadores rusos como perezosos y sumisos, cuando en un breve período han hecho tres revoluciones, derrotaron al zarismo y la burguesía y ahora construyen el socialismo. Eso sin olvidar el hecho de que las condiciones actuales de la vida política y cultural en el país son radicalmente diferentes a las del antiguo régimen, cuando imperaba la ignorancia, la falta de la cultura y la sumisión. Ahora bajo ninguna circunstancia nuestros trabajadores tolerarían que el poder estuviera en manos de una sola persona. Personajes de la mayor autoridad quedaron reducidos a nulidades y convertidos en meras cifras, tan pronto como perdieron el contacto con las masas de los trabajadores. *Plejánov*, por ejemplo, gozaba de una gran autoridad, ¿y qué pasó? Tan pronto comenzó a actuar políticamente se alejó de los trabajadores y las masas lo abandonaron y olvidaron de él. Otro ejemplo fue *Trotsky*, quien —aunque no tuvo nunca la talla de *Pléjanov*— logró un prestigio muy grande y ¿qué pasó? También ha sido olvidado.

Emil Ludwig: ¿Trotsky ha sido olvidado completamente?

Stalin: Se acuerdan de él a veces, pero con amargura y con un sentimiento de irritación. Hay, por supuesto, un pequeño sector de

la población que en verdad siente temor del poder soviético. Se trata de los restos de las clases moribundas, que están siendo eliminados, y sobre todo una parte insignificante de los campesinos, los *kulaks*, un vestigio del anterior sistema de clases. Pero aquí se trata no sólo de una política de intimidación de estos grupos, porque todo el mundo sabe que los bolcheviques, en este caso, no nos limitamos a la intimidación; sino que buscamos ir más allá: a la eliminación de ese estrato de la burguesía. También entre las clases profesionales existe, en cierto modo, un temor parecido, porque bajo el viejo régimen disfrutaban de privilegios especiales. Pero si se toma la población obrera de la URSS, a los trabajadores y trabajadoras progresistas, a los campesinos, que representan no menos del 40 por ciento de la población, Usted encontrará que están a favor del poder soviético y que la gran mayoría de ellos lo apoyan activamente. Lo hacen a causa de que el sistema sirve a los intereses fundamentales de los trabajadores y campesinos. Eso y no una política de intimidación, es la base de la estabilidad del Gobierno soviético. Si gobernáramos sólo por el terror, ni un solo hombre habría estado con nosotros y las clases trabajadoras habrían destruido cualquier poder que intentara seguir gobernando a través del miedo.

Emil Ludwig: Cuando oigo hablar una y otra vez del poder de las masas, me sorprende que el culto al héroe esté más extendido aquí que en ninguna otra parte, ya que éste es el último lugar donde uno esperaría encontrarlo. Su concepción materialista de la historia debería impedir que los líderes y los símbolos adquirieran las forma de estatuas y murales en las calles, ¿cómo explica Usted esa contradicción?

Stalin: Se equivoca. Lea a Marx cuando habla de la pobreza de la Filosofía. Ahí descubrirá Usted que los hombres hacen la historia, pero no de la forma que sugeriría su propia fantasía; sino mediante la reacción de los hombres ante sus circunstancias. Cada generación tiene que enfrentar a una nueva serie de circunstancias. En general, cabe decir que los grandes hombres sólo poseen valor para la memoria histórica en la medida en que son capaces de hacer frente a las circunstancias propias

de su entorno. Según el propio Marx, nunca se deberían contrastar los hombres y las circunstancias. En mi opinión es la historia la que hace al hombre. Llevamos treinta años estudiando a Marx. Él personalmente jamás negó la importancia del papel del héroe.

Emil Ludwig: ¿Puedo deducir que en Moscú gobierna un hombre y no el Consejo, aunque veo dieciséis sillas en torno a la mesa?

Stalin: El individuo no decide. En cada consejo hay personas cuyas opiniones hay que tomar en consideración; pero también existen opiniones equivocadas. Hemos tenido la experiencia de tres revoluciones y sabemos que de cada cien decisiones tomadas por individuos, noventa son unilaterales. Nuestro órgano de gobierno es el Comité Central del Partido, que consta de setenta miembros. Entre éstos se encuentran algunos de nuestros industriales y cooperativistas más competentes y nuestros mejores comerciantes; también algunas de nuestras autoridades en producción individual y en cooperativas de la agricultura y asimismo algunos de quienes tienen conocimientos sobre el tratamiento que es necesario darle a las nacionalidades. Ése es el *areópago* en el que se centra la sabiduría del Partido: da a los individuos la posibilidad de corregir sus propios prejuicios, cada uno aporta su propia experiencia particular en beneficio del Comité. Sin este método se cometerían muchos errores. Nuestras decisiones serán más o menos correctas de acuerdo a cómo cada quien desempeña su papel en las deliberaciones.

Emil Ludwig: ¿Niega Usted ser un dictador? En Europa la imagen que corre sobre Usted es la de un *Zar* sanguinario o la del aristócrata saqueador de Georgia. También circulan historias y rumores acerca de atracos a bancos y robos organizados por Usted cuando era joven, con el fin de ayudar al Partido, ¿qué hay de cierto en todo ello? ¿Se identifica Usted con la personalidad de *Stenka Razin*, el noble filibustero cuyas legendarias hazañas he oído contar en el Volga? ¿Qué opinión tiene de él como *bandolero* “ideológico”?

Stalin: (Tomando de su escritorio un panfleto de unas veinte páginas que contenía su biografía escrita en ruso). Ahí lo encontrará todo.

Aparte del origen nacional, los bolcheviques siempre hemos sentido tenido interés por personalidades históricas como las de *Bolotnikov*, *Razin*, y *Pugatshev*. Consideramos que sus actos fueron el reflejo de la indignación espontánea de las clases oprimidas, de la rebelión espontánea de los campesinos contra la opresión feudal. El estudio de la historia de estos primeros intentos de rebelión por parte de los campesinos ha sido siempre de interés para nosotros. Pero, por supuesto, no hay analogía entre ellos y los bolcheviques. Los levantamientos esporádicos y no organizados de los campesinos o los actos de *Razin* no pueden conducir a nada importante. Los levantamientos campesinos sólo puede tener éxito si se asocian con los de los obreros y si están encabezados por los trabajadores. Sólo un levantamiento combinado y dirigido por la clase obrera puede lograr su objetivo. Por otra parte, nunca se debe olvidar que *Razin* y *Pugatshev*, si bien estaban contra los terratenientes, también se declaraban a favor de un “Zar bueno”. Como puede verse, es imposible trazar una analogía de ellos con los bolcheviques.

Emil Ludwig: Me llama la atención que en toda la Unión Soviética se tiene en muy alta estima todo lo americano. ¿Cómo es posible que un Estado cuyo objetivo es derrocar al capitalismo sienta respecto hacia la tierra del dólar y en la que el capitalismo ha alcanzado su máximo grado de desarrollo? Además, me pregunto si: ¿existirá también este sentimiento en la clase obrera y se manifestará no sólo en relación con la fabricación de tractores y automóviles; sino también hacia los estadounidenses en general?

Stalin: Usted exagera. No tenemos una estima especialmente alta para todo lo americano, sólo tenemos respeto por el sentido práctico de los estadounidenses que se muestra en la industria, la tecnología, la literatura y la vida; pero no nos olvidamos de que son un país capitalista. Su eficiencia, sentido práctico y sencillez son merecedores de nuestra admiración. A pesar de que Estados Unidos es un país capitalista altamente desarrollado, los hábitos que prevalecen en su industria y las prácticas existentes en sus procesos productivos son más democráticos

que los de cualquiera de los viejos países de la Europa capitalista, donde el espíritu altivo de la aristocracia feudal todavía está vivo.

Emil Ludwig: No sabe la mucha razón que tiene.

Stalin: Tal vez sí lo sé... A pesar de que la forma feudal de gobierno ha sido demolida desde hace tiempo en Europa, su espíritu sigue existiendo y aquellas maneras y costumbres de vida siguen siendo añoradas. Todavía hay técnicos, especialistas, científicos y escritores que han surgido del entorno aristocrático y mantienen esos hábitos tradicionales en la industria, la tecnología, la ciencia y la literatura. Las tradiciones feudales no han sido totalmente destruidas. Eso no se puede decir de América, que es un país de “colonos libres”, sin terratenientes y sin aristócratas. De ahí proceden los hábitos relativamente simples de la vida productiva norteamericana. Nuestros trabajadores, convertidos en ejecutivos de negocios y que han visitado América, perciben inmediatamente ese hecho. En Estados Unidos, dicen, es difícil distinguir a un ingeniero de un trabajador por las apariencias. Pero si vamos a hablar de nuestro agrado por una nación en particular o, más bien, por la mayoría de sus ciudadanos, no debemos dejar de decir que nuestros verdaderos amigos son los alemanes.

Emil Ludwig: ¿Y por qué precisamente los alemanes?

Stalin: Es así. Basta con señalar el hecho como tal. Aunque también es suficiente razón que esa nación dio al mundo hombres como Marx y Engels.

Emil Ludwig: Pero los alemanes aman el orden por encima de la libertad. Es por eso por lo que no hemos experimentado ninguna revolución con éxito.

Stalin: Por lo que se refiere al pasado, tiene Usted razón en lo que dice sobre los alemanes. Cuando viví en Berlín, en 1907, a menudo me hacía gracia el espíritu sumiso del que hacían gala nuestros amigos alemanes. Me contaron que en una ocasión los líderes del Partido anunciaron una manifestación a la que habrían de asistir los comunistas

de las diversas partes de Berlín a una hora dada; pero cuando llegaron a la puerta de salida de la estación donde tenían que entregar el boleto, el encargado de recogerlo estaba ausente. Los rusos que los acompañaban los urgieron a atravesar la puerta abierta, puesto que todos tenían sus respectivos boletos; pero los alemanes se negaron a dar un solo paso y estaban dispuestos a esperar durante horas hasta que regresara el empleado que recogía los boletos... Cuando estuve en Desde y Chemnitz, entre 1905 y 1907, comprobé como allí se respetaba la ley. Se la respetaba tanto como a las nevadas, los relámpagos o a cualquier otro fenómeno de la naturaleza contra los que la voluntad de los hombres no puede hacer nada. En Viena, en 1912, fui con unos amigos rusos al parque de Schoenbrunn y nos encontramos con carteles de *Verboten* por todas partes; pero como nosotros no estábamos acostumbrados a ellos no les hicimos caso y terminamos pagando una multa de una corona por cabeza por ignorarlos. Así eran las cosas por aquel entonces. Pero ¿y hoy? ¿Dónde está el sentido alemán del orden hoy en día? ¿Dónde está el respeto a la ley? Los nacionalsocialistas violan la ley cuando ésta se interpone en su camino, matan a tiros y apalean a todo el que se les atraviesa. Hoy en Alemania los trabajadores salen de las ciudades y van a los campos a recoger las siembras de papas de otra gente. Todo ha cambiado.

Emil Ludwig: Parece que Usted sólo pasó unos escasos meses en Europa, mientras que Lenin vivió allí veinte años... ¿Cuál cree Usted que es la mejor preparación para un líder revolucionario, la alcanzada en su país o en el extranjero?

Stalin: En el caso de Lenin haría una excepción. Muy pocos de los que permanecemos en Rusia nos mantuvimos tan íntimamente en contacto con lo que estaba ocurriendo como él, aunque estaba en el extranjero. Yo lo visité varias veces, en 1907, 1908 y 1912, y pude comprobar que recibía a diario montones de cartas de políticos rusos y que sabía más de lo que estaba pasando en Rusia que mucha gente que vivía aquí. En lo que se refiere a los demás, los que permanecieron

en Rusia, cuyo número fue —por supuesto— mucho mayor, hicieron una excelente aportación al movimiento. Hoy, en el Comité Central, de setenta miembros, sólo tres o cuatro han estado en el extranjero. En cuanto a lo que se refiere al conocimiento de Europa, por supuesto que quienes más oportunidades tenían de obtenerlo eran los que vivían allí, estudiando la economía, la técnica, el movimiento obrero, la literatura y la ciencia. Pero vivir en el extranjero no lo es todo. La desventaja de quienes no han vivido en Europa no es de mucha importancia, por el contrario, sé de muchos que están en el extranjero y viven en algún lugar de Charlottenburg o en el Barrio Latino, quienes han pasado hasta veinte años en los cafés y bebiendo cerveza, sin que aún hayan conseguido adquirir algún conocimiento de Europa.

Emil Ludwig: Permítame hacerle la siguiente observación: Usted ha hablado, en contra de la vieja teoría de la igualdad, que también ha caracterizado como un “remanente de los prejuicios de la clase media”, de “equiparación salarial”, mediante la que se le daría al trabajador productivo la posibilidad de ganar más que un compañero de trabajo.

Stalin: Marx no reconoció un socialismo representado por un estado totalmente socializado, en el que todos recibieran el mismo salario, igual cantidad de carne e idéntica cantidad de pan, se usara la misma ropa y recibieran los mismos productos en las mismas cantidades. *Marx* se limitó a decir que mientras no hubieran sido abolidas las clases y mientras el trabajo no se convirtiera en un objeto de deseo, puesto que para la mayoría de la gente es una carga, siempre habría personas dispuestas a que los demás trabajen más que ellos. Así, mientras la distinción entre clases sociales no sea finalmente abolida, la gente será pagada en función de su eficacia productiva, cada cual de arreglo con sus capacidades. Esa es la fórmula marxista para la primera fase del socialismo. Cuando éste alcance su culminación, todos harán lo que son capaces de hacer y su trabajo será retribuido de acuerdo a sus necesidades grandes y pequeñas. El socialismo jamás ha negado las diferencias en gustos y necesidades personales, ni en su naturaleza ni

en su extensión. Lea cómo *Marx* criticó a *Stirner* y al *Programa de Gotha*. *Marx* criticó el principio del igualitarismo. Éste forma parte de una psicología primitiva que no tiene nada en común con el socialismo marxista. En Occidente ven las cosas de un modo tan rudimentario que creen que queremos dividirlo todo a partes iguales. Esa era la teoría de *Babeuf*, quien nunca supo nada del socialismo científico. Hasta *Cromwell* quería igualarlo todo.

Notas

- ¹ Transcription/HTML Markup: Hari Kumar for Alliance Marxist-Leninist (North America)/Charles Farrell.
- ² “Iósif Stalin. Entrevistado por Emil Ludwig (*Leaders of Europe*, 1934)”, en Christopher Silvester, Editor, *Las Grandes Entrevistas de la Historia (1859-1992)*. Prólogo de Rosa Montero. Traducción de Herminia Bevia y Antonio Resines. Segunda edición. Madrid: El País / Aguilar, 1997, págs. 298-311.

Iósif Vissariónovich Stalin (1879-1953).
Fotografía tomada de: <http://la-memoriaviva.files.wordpress.com/2009/11/stalin-chico.jpg>

